



La batalla de los monstruos y las hadas

GRACIELA MONTES

Ilustraciones de **Rodrigo Folgueira**

loqueleo

*Para Dodo, que me enseñó
a ser perro.*




Por qué tengo que ser precisamente yo el que cuente esta historia

No tengo más remedio que ponerme a contar la historia de la gran batalla que tuvo lugar en nuestro barrio por la sencilla razón de que no parece haber ningún otro dispuesto a hacerlo. Tal vez a algunos les llame la atención que me haya metido a narrador, especialmente si se tiene en cuenta la especie a la que pertenezco. Me llamo Nepomuceno Mus –Nepo, para casi todo el mundo– y soy perro. (Espero que no sean ustedes de la clase de personas que preguntan a continuación “¿De qué raza?”. Mucho me temo que en mi caso resultaría difícil responder a eso: soy perro, a secas).

A mi modo de ver, no tiene nada de particular que un perro narre una historia acerca de humanos (¿acaso no hubo muchos humanos que contaron historias de perros?). Pero reconozco que no es lo más habitual. Incluso puedo aceptar que algunos humanos –los más vanidosos– se sientan algo ofendidos, y hasta


8 muy ofendidos, tal vez, al punto de negarse rotundamente a seguir leyendo un libro en el que hay un narrador que no pertenece a su especie. Pero, en fin, les guste o no, no hay vuelta que darle: esta historia la cuenta un perro.

Claro está que no cualquier perro puede meterse a cuentacuentos. La Lili, la perra de Camila, sin ir más lejos, es incapaz de distinguir la letra U de una morcilla. Pero eso no es algo que se le pueda reprochar a la pobre Lili. Lo que sucede es que en la vida algunos hemos aprendido algunas cosas, y otros, otras. La Lili sabe ajustar tuercas con los dientes, por ejemplo, algo que yo me considero absolutamente incapaz de hacer. Y eso porque la Lili vive justo al lado de lo de Tognazzi, el del taller mecánico, y se pasa las tardes paseándose muy oronda por entre los motores desarmados de los autos.

Mi caso es otro. Yo jamás pisé un taller mecánico, pero, en cambio, me he pasado días enteros viendo cómo Silvia Mus  corrige galeras.

—Chicos, no hagan ruido que traje un montón de galeras para corregir —suele decir Silvia Mus.

Confieso que la primera vez que la oí decir que traía un montón de galeras creí que nos íbamos a dedicar a la confección de sombreros de copa. (Y, en ese caso, habrían sido otras mis habilidades; tal vez estaría hoy midiendo cabezas en lugar de contar historias). Pero después me di cuenta de que las galeras de Silvia Mus tenían

 Silvia Mus es la madre de Felipe Mus y de Cecilia Mus, los protagonistas. Algunos estarían tentados de llamarla “mi patrona”, pero a mí no me parece apropiado que se la llame así, ya que me considero independiente. (N. del P.)

9 más que ver con las palabras y los libros que con los sombreros. Ella llamaba “galeras” a unos papeles muy pero muy escritos. Y también bastante mal escritos, a mi juicio: ¡llenos de errores! Había letras cambiadas de lugar, letras repetidas, letras torcidas, letras fugadas... Lo que Silvia Mus tenía que hacer era encontrar los errores y señalarlos. Una especie de juego. Nunca entendí por qué Silvia Mus estaba tan seria mientras corregía; a mí me parecía divertidísimo, porque a veces las letras, de puro equivocarse, terminaban diciendo disparates. Había un libro muy serio de Geografía, por ejemplo, en el que se leía: “La Patagonia es una gran masita”. Y otro, una novela de terror, donde la protagonista, al ver al vampiro, “lanzaba un frito desesperado”.

Silvia Mus se pasa las horas sacando letras que sobran, poniendo letras que faltan y enderezando letras torcidas. Y fue así como aprendí a escribir. Si en lugar de quedarme en casa con ella, corrigiendo galeras, hubiese acompañado a su marido, a Sebastián Mus, cuando sale a recorrer almacenes y supermercados para vender dulces de Bariloche, sería otro el cantar. Y hoy yo sabría diferenciar una mermelada de mora de una mermelada de rosa mosqueta, pero no sabría ni por asomo que “hamaca” se escribe con hache.

Aunque saber escribir palabras no es todo en la vida de un escritor. También hay que tener algo para contar. Y yo no me estaría tomando el trabajo de escribir lo que escribo (ni tal vez ustedes de leer lo que leen) si no fuese porque estoy convencido de que esta es una historia que merece ser contada. Una historia en cierto modo extraordinaria. Porque no hay nada de extraordinario en que se peleen un hermano y una hermana. Y mucho

10 menos extraordinario es que haya guerra entre las chicas y los varones. Pero sí es raro y hasta asombroso que en un barrio cualquiera, en un barrio como el nuestro, que de extraordinario no tiene nada, haya una verdadera, una asombrosa batalla entre los monstruos y las hadas.



El Cuarto de los Dos Reinos

No tengo demasiada experiencia como escritor, pero supongo que el capítulo dos es el indicado para presentar a los personajes. Cuando hablo de personajes, me refiero a todos los que tomaron parte en la historia, desde la primera escaramuza hasta el armisticio mojado. Ahora bien: los personajes de esta historia son muchos (vivimos en un barrio populoso), no me parece justo que pretendan que los nombre a todos. No me alcanzaría a mí la memoria, ni a ustedes la paciencia. En cambio, lo que sí me parece justo es presentarles por lo menos a Felipe Mus y a Cecilia Mus, porque fueron precisamente Felipe Mus y Cecilia Mus los que inauguraron el conflicto. Tanto que Felipe merecería el nombre de Monstruo Fundador y Cecilia el de Hada Fundadora.

Felipe y Cecilia son hermanos, y cualquiera sabe que ya eso solo es un buen motivo para pelearse. Pero, además, Felipe y Cecilia son la sal y el azúcar, la mostaza y el dulce de leche.

Tienen gustos muy diferentes y diferente modo de ver las cosas. Y eso desde siempre. Desde que eran chiquitos y Silvia Mus los llevaba a tomar un helado: a Cecilia le gustaba el de frutilla, y el de limón le hacía saltar las lágrimas; a Felipe le encantaba el de limón, y, si llegaba a ver una frutilla en su helado, vomitaba.

No es que Felipe y Cecilia no se quieran. En mi opinión se quieren mucho (y hasta me animo a decir que se admiran uno al otro en secreto). Lo que sucede es que los dos son de tener ideas fuertes. Y, según he notado, las ideas muy fuertes no suelen dejar lugar para otras ideas diferentes.

Por eso la cuestión de los Dos Reinos.

Los Mus vivimos en una casa diminuta. Para que se hagan una idea de lo diminuta que es, puedo decirles que pasar de la cocina al baño no requiere más esfuerzo que el de sacudir



las orejas para espantar una mosca. Y que, cada vez que alguien abre la puerta del horno, los demás tenemos que salir al patio. Sebastián Mus y Silvia Mus duermen en el comedor (que, entre paréntesis, es también mi dormitorio, además de ser sala, escritorio y despensa para los frascos de dulce); Felipe y Cecilia comparten el otro cuarto.

Es un cuarto chico, como para una cama. Pero los Mus somos muy empecinados y pusimos dos. La de Felipe está ubicada debajo de la ventana, y la de Cecilia, junto al placar, cerca de la puerta. Y, sin embargo, chico y todo, el cuarto da para que haya dos reinos.

Entre una cama y la otra casi siempre hay una frontera, que marca el límite de la zona de cada uno. A veces es solo una raya trazada con tiza blanca en el suelo. Otras veces, una fila de latas,



varias pilas de libros o dos bancos atados con un piolín: la cuestión es señalar hasta dónde llega el reino de Felipe y comienza el de Cecilia, y dónde termina el de Cecilia para que empiece el de Felipe.

Las ventanas y el placar se consideran bienes comunes, de modo que Felipe le cede uno de los vidrios a Cecilia, para que ella pegue sus calcomanías. Y el placar se reparte del siguiente modo: dos cajones para Cecilia, dos cajones para Felipe y un estante para cada uno. De las siete perchas, Cecilia usa cinco y Felipe, dos (que le alcanzan y hasta le sobran, si se tiene en cuenta que Felipe es el inventor de una novedosa técnica para guardar la ropa en forma de bollitos). A cambio de sus perchas extra, Cecilia permite que Felipe guarde su patineta en la zona de los zapatos.

Dejando de lado la ventana y el placar, Felipe y Cecilia tienen permiso para decorar sus reinos como mejor les parezca. Y eso es lo que hace que el cuarto de Felipe y Cecilia sea algo especial, algo aventurero: lo convierte en un sitio que merece ser el comienzo de una historia.

Pueden creerme cuando les digo que atravesar el cuarto desde la puerta (zona de Cecilia) hasta la ventana (zona de Felipe) y vuelta a la puerta es una experiencia alucinante. Incluso para un perro como yo, que ha tenido una juventud callejera y ha vivido, por lo tanto, ciertas aventuras emocionantes que tal vez tenga ocasión de contar algún día, si es que le tomo el gustito a esto de narrar historias.



El Ramón Florido

Cecilia es encantadora. Siempre que la veo recortando con su tijerita fotos de flores de las revistas para pegarlas en su pared, pienso que es la chica más linda del barrio. Ya hemos tenido algunas discusiones con otros perros al respecto. Cirilo, el perro del carnicero, dice que tiene la nariz demasiado chata y los dientes un poco separados. Pero está claro que eso no tiene la menor importancia. Basta verla, con sus cabellos brillantes, sus hebillas en forma de mariposa y sus ojos llenos de pestañas para decretar que es un encanto. Una verdadera hada, ni más ni menos. Igualita a las que dibujan en los libros de cuentos. Es cierto que ahora ya no usa esas hebillas, sino que muchas veces se recoge el pelo con una trenza de lana hasta que parece un chorro de agua brotándole de la cima de la cabeza, pero sigue siendo, de todas formas, la más linda de todas.